

PERU: 1813

Batalla de Salta. Inhabilidad física del general Goyeneche para continuar la campaña. Espontánea demision de su mando. Sentimiento general por tan infausto acontecimiento. Desercion del ejército realista, cortada por influjo del mismo general i de su interino sucesor don Juan Ramirez. Nombramiento del general don Joaquín de la Pezuela para mandar aquel ejército. Estado crítico de los negocios. Energía i acierto de este jefe. Accion de Pequereque. Gloriosas batallas de Vilcapugio i Ayohuma. Persecucion de los caudillos de Buenos Aires por Don Juan Ramirez. Salida de Lombera para Chuquisaca, i de Picoaga para el Cuzco i Puno. Furiosa desercion de los soldados realistas despues de la victoria. Marcha del señor Pezuela para La Plata i Potosí. Restablecimiento del orden en todas aquellas provincias.

Batidos los insurgentes en Jujuí en fuerza de los auxilios dirigidos oportunamente por Tristán, segun va apuntando en la historia del año anterior, se retiraron al otro lado del Pasage, i los realistas reconcentraron todas sus tropas en Salta con ánimo de hacer prodigios de valor para reparar el honor de sus armas. Aprovechándose Belgrano al mismo tiempo de la favorable impresion que habian hecho sus victorias del Tucumán en aquellos pueblos, demasiado adictos al sistema de la independencia, hizo una leva general, por cuyo medio i con los refuerzos que habia recibido de la capital habia aumentado considerablemente su ejército.

Las numerosas partidas, que se levantaron al favor de estas ventajas, compuestas de gentes sumamente diestras en el manejo del caballo, mui conocedoras de aquel terreno montuoso i quebrado, espertas en la guerra de sorpresa, i emboscadas, i de una particular habilidad para penetrar por los espesos bosques i matorrales, estendieron sus incursiones hasta las mismas cercanías de Salta. Las tropas del Rei tenian que vivir en una continua agitación i alarma, debiendo sostener continuos choques parciales contra aquellos cosacos de América, llamados *Gauchos*, que huian cuando se les buscaba, pero que con la misma facilidad se echaban encima para interceptar los víveres, cortar las comunicaciones, i sacar partido de todo descuido ó desprevenicion.

Teniendo Belgrano los flancos bien guardados por estas guerrillas sueltas, emprendió su marcha contra los realistas i se presentó el 19 de febrero por la noche á la vista de la citada ciudad de Salta, despues de una marcha penosa i de haber cruzado sin tropiezo el rio del Pasage, á pesar

del gran caudal de agua que llevaba á aquella sazón. Viéndose Tristán en la necesidad de arriesgar una batalla decisiva, i esperando que la bizarria de su brillante ejército le haria triunfar de sus contrarios borrando de este modo la mancha que habia recaído sobre él en la anterior derrota del Tucumán, lo formó en la mañana del 20 fuera de la plaza, i escitando el mayor entusiasmo en todas las clases, se arrojó contra el enemigo con aquel denuedo que es propio de quien aprecia en su justo valor el honor militar; mas habiendo aflojado el ala izquierda, mandada por el marques del Tojo, cuya conducta sospechosa recibió un grado mayor de credibilidad cuando se le vió tomar partido con los rebeldes, hubo de retirarse á la plaza en el mayor desorden. Allí determinó el desgraciado Tristán hacer una desesperada defensa; pero como los orgullosos enemigos despreciando el peligro se hubieran hecho dueños de muchas de las calles de la ciudad, hubo de capitular con la obligacion juramentada de no tomar las armas contra los de Buenos-Aires ninguno de los individuos pertenecientes á aquella division, i de rendir las suyas con los honores de la guerra, verificando lo mismo la guarnición de Jujui.

El objeto de un acto de generosidad tan decantado tuvo el resultado que se prometia el general insurgente. Si bien algunos de aquellos militares se incorporaron de nuevo á las filas realistas sin que se resintiera su delicadeza en faltar á unos empeños que no eran de modo alguno obligatorios por haber sido contraídos con súbditos rebeldes, otros sin embargo se dedicaron á pervertir el espíritu público proclamando el brillo i entusiasmo de las tropas de Buenos-Aires, i pintando con los colores mas halagüeños la causa que ellos defendian. Fueron por lo tanto enviados á sus casas con decorosos pretextos, logrando el objeto que los demas soldados quedasen libres de los venenosos tiros de la seducción, mas no los pueblos, cuya opinion acabaron de estraviar los citados individuos.

El general Goyeneche, que se hallaba en Potosí cuando recibió la noticia de la batalla i capitulación de Salta, quedó sumido en el mas acerbo dolor al considerar lo difícil que seria reprimir el torrente impetuoso de un osado enemigo ensoberbecido con tan brillantes é inesperadas victorias; i resolvió por lo tanto retirarse á Oruro, comunicando con urgencia sus órdenes para que siguiera igual destino el coronel Picoaga que se hallaba en Suipacha con un batallón i cuatro piezas, así como el presidente Ramírez que guardaba la ciudad de la Plata, i el gefe Landivar que mandaba la expedición de Vallegrande.

Todos ejecutaron felizmente las órdenes del general, menos este último, que no pudiendo retroceder se dirigió á Santa Cruz, en donde perdió toda su gente. El coronel Lomera, que se hallaba en Cochabamba con una fuerza de 1.000 hombres entre infantería i caballería, recibió instrucciones para permanecer en dicho punto hasta nuevo aviso, i para estraer i remitir á Oruro todos los víveres i ausilios que pudiera reunir sin gran quebranto de la

citada poblacion. Por otros espresos se comunicó á los intendentes de la Paz, Puno i Arequipa la orden para que hiciesen iguales remesas al Desaguadero, á donde prevía dicho general habian de replegarse las reliquias de su ejército para no sucumbir al irresistible impulso del altivo Belgrano que continuaba su marcha enmedio de públicas aclamaciones.

Estas infautas noticias sobrecogieron de tal modo el ánimo del benemérito Goyeneche, que se fue alterando visiblemente su salud, ya demasiado quebrantada por sus anteriores padecimientos, duras fatigas i continuadas angustias. El virei Abascal, á quien recurrió por urgentes socorros, parece no se hallaba en disposicion de poderse los suministrar: su situacion era por lo tanto de las mas apuradas; veia marchitarse sus laureles en el momento en que mas habia creido darles una solidez indestructible; habia sobrellevado con placer sus pesadas tareas cuando veia que producian felices resultados; pero faltándole las fuerzas físicas quedó notablemente conmovido su espíritu. Unas terribles convulsiones, producidas por dichas penalidades, que tenian una trascendencia tanto mas peligrosa cuanto era mayor la delicadeza i sensibilidad de su fibra, lo inhabilitaron para seguir aquella campaña, que requería un grado perfecto de robustez i actividad para dirigirla. Conociendo que sus males se agravaban i que con ellos crecia la dificultad de adquirir aquel vigor tan necesario para salvar de nuevo el honor de las armas españolas, hizo demision de su mando insistiendo en la necesidad de que le fuera admitida.

La inhabilidad física de aquel benemérito gefe para continuar á la cabeza de unas tropas que tantas veces habia conducido á la victoria, causó en ellas mayor sentimiento que las derrotas de Tucuman i Salta. Aquellos valientes soldados que no se creian vencidos mientras tuviesen á su frente un general de tan acreditada decision i pericia militar, se desalentaron completamente luego que supieron el nombramiento de otro para mandarlos. La malignidad ejerció todo su imperio en esta ocasion. Se divulgó pérfidamente la voz de que dicha demision no era espontánea, si no efecto de las sujestiones del virei de Lima para que dejara el mando aquel digno americano. Como casi todos los gefes i oficiales eran del pais, se trató de persuadirles que gradualmente les cabria á todos igual suerte hasta que los europeos se hiciesen dueños de sus destinos.

Con tan pérfidos engaños se iba desmoralizando dicho ejército, i si no llegó á su total disolucion, se debió principalmente á una tan enérgica como afectuosa proclama que dicho general Goyeneche dirigió á los soldados desmintiendo aquellas falsas voces, i exhortándolos á la obediencia á sus nuevos gefes, i á la lealtad que habian jurado á las banderas del Rei.

Se debió asimismo la supresion de aquella perniciosa tendencia á los eficaces esfuerzos del brigadier don Juan Ramirez, que habia reemplazado interinamente al señor Goyeneche, á su política i circunspeccion en manejar el ánimo del soldado, á sus acertadas disposiciones en tenerlo ocu-

pado, alentándolo con la idea de volver á Potosí, i alejándolo por este medio del foco de la seduccion é intriga.

Asi fue cediendo la desercion que se habia introducido con tanto escándalo, que iban desapareciendo del campo partidas reunidas de 40 á 50 hombres; con la firme decision del mismo Ramirez, ausiliado por la sagacidad i prudencia del auditor conde de Valle hermoso, i segundado poderosamente por los gefes de las divisiones, que dieron en esta ocasion las mas brillantes pruebas de bizarría, i amor al gobierno español, se pudo sosegar la abierta sedicion del primero i mas brillante regimiento de aquel ejército.

Se ocupaba en el entretanto el virei Abascal en hallar una persona que supliese dignamente la gran pérdida que se experimentaba en la cesacion del general Goyeneche. El primero á quien ofreció este delicado i espinoso cargo, como resultado de una junta de guerra que se celebró al intento, fue el teniente general don Juan Henestrosa; pero no siendo compatible aquel mando con la subinspeccion que este ejercia i que deseaba retener, se fijó la eleccion del señor Abascal sobre el brigadier don Joaquin de la Pezuela, entonces subinspector de artillería. El nombramiento de este benemérito militar, que tan útiles servicios habia prestado á la causa del Rei con el admirable fomento que dió á su arma, la que hasta aquel tiempo habia sido mui descuidada i que habia sabido formarse una opinion ventajosa no menos por su probidad i firmeza que por su celo i pericia militar, fue un agüero feliz de las victorias que sucesivamente obtuvieron por su influjo las armas españolas.

Aunque el general Pezuela conocia lo arriesgado de la posicion del ejército que iba á mandar, creyó sin embargo que al favor de los profundos conocimientos que habia adquirido de la revolucion de América durante su larga permanencia en aquel reino, podria prestar importantes servicios al Estado; i resuelto por lo tanto á hacer un voluntario sacrificio de su vida i de su misma opinion ante las aras de la fidelidad i del honor, no trepidó un momento en aceptar tan penoso destino. Conociendo que la celeridad de su marcha habia de ser la principal base de su brillante carrera, se dispuso para la salida en el corto término de cinco dias, i zarpó del Callao en 28 de abril con 360 hombres del Real de Lima i dragones, con 10 piezas de artillería, 400 fusiles sobrantes i con un competente surtido de pertrechos i útiles de guerra.

Habiendo arribado á Quilca á principios de junio, pasó rápidamente por las capitales de Arequipa i Puno, cortando en ellas con su sagacidad i buen manejo las discordias en que estaban envueltos sus gefes por varias disputas i competencias constitucionales, i llegó al Desaguadero en 6 de junio. Es digna del mayor elogio la energía que desplegó este gefe para la formacion de aquel ejército. Dando desde luego las mas brillantes pruebas de la afabilidad de su trato, suavidad de costumbres, i generosidad de sentimientos, llegó á ganarse prontamente la confianza de aquellos pueblos,

quienes concurrían con la mas fina voluntad á segundar sus nobles impulsos. Recogiendo por todas partes los dispersos, incorporando nuevos soldados á sus filas, i disipando en todos el desaliento que se habia introducido por los últimos reveses de las armas del Rei, empezó á tomar una actitud imponente.

Presentóse en la Paz, en donde no siendo menos activas las ventajas de su insinuacion, logró hacer efectivo en dos ó tres dias un emprésito de 50.000 pesos, i escitar en aquella poblacion un entusiasmo superior á la prudencia de su cálculos. Continuando su marcha con las mayores precauciones i con su tropa formada á fin de salvarse de los peligros que le amenazaban los insurreccionados cochabambinos, empeñados en impedir su reunion con el ejército, llegó á Oruro en 26 de julio, i en 7 de agosto al punto de Ancacato, donde le fue entregado el mando de las tropas que allí tenia situadas el brigadier Ramirez.

Desde que llegó al ejército el activo Pezuela conoció la necesidad urgente de decidir con la espada lo que no era fácil arreglar por los giros de la política. Los insurgentes habian reunido en Potosí 3.000 hombres de buenas tropas ademas de 300 dragones que se habian situado en la Leña; contaban asimismo con los nuevos cuerpos que se iban á organizar en las provincias de la Plata i Cochabamba, como en efecto los formó esta última apenas la hubo evacuado el coronel Lombara, i tomado posesion de ella el caudillo insurgente Arenales.

Habiéndose impuesto mui pronto el general Pezuela de todos los males que era preciso remediar para salir airoso de su arrojada empresa, dirigió su primera atencion á la reorganizacion del ejército bajo un nuevo pie, formando dos regimientos con dos batallones en cada uno, un batallon de reserva, un regimiento de caballería de línea, tres compañías de cazadores de á pie, una montada para el servicio de avanzadas i descubiertas, i un pequeño escuadron de partidarios; i dividió la artillería en tres brigadas de á pie con 4 piezas cada una, i una volante con 6, resultando del conjunto de estas armas una fuerza efectiva de 3400 hombres.

Despues de haber reconocido el terreno con exactitud, trasladó su cuartel general á Vilcapugio, estendiendo sus avanzadas hasta Lagunillas; pero noticioso de que Belgrano habia salido de Potosí con todas sus tropas, se dirigió á Condocondo, enviando algunas descubiertas por el camino del Despoblado. Era su idea deslumbrar al enemigo i hacerle creer que todos sus planes se dirigian á atacar por la espalda la citada ciudad de Potosí, encubriendo por este medio su verdadero designio que era el de aguardar la reunion de un cuerpo que venia del partido de Asángaro al mando del coronel Choquehuanca, el que podia ser de alguna utilidad para descanso de las tropas regladas, aunque se componia de gente colecticia i destituida de instruccion i disciplina.

El primero que llegó á las manos con el enemigo fue el teniente coronel Castro, comandante del escuadron de partidarios, situado en Peque-reque, una legua á retaguardia del cuartel general, quien rechazó victoriosamente un cuerpo de 2.000 cholos é indios, mandados por el coronel insurgente Cárdenas, i los puso en la mas desordenada dispersion despues de haber hecho una horrorosa carnicería.

Por la correspondencia que se interceptó á este caudillo se supo que el comandante Belgrano esperaba tan solo para atacar á las tropas del Rei la aproximacion de una columna de 1500 cochabambinos montados, al mando del coronel Celaya, confiando que con estos refuerzos por la espalda del enemigo i con la sublevacion general de los indios no podria salvarse nadie de sus bien combinados planes.

La situacion de las tropas del Rei era de las mas apuradas: el señor Pezuela desde su llegada al ejército debió combatir con enemigos mas poderosos que las tropas de Buenos-Aires; i estos eran los elementos de discordia, de oposicion, intriga, seduccion i desaliento que ejercian un influjo devastador en su ejército. Habian desaparecido del campo antes de su llegada una gran parte del cuartel general i varios gefes i autoridades, persuadidas de ser irremediable la destruccion de los realistas; Pezuela sin embargo, nacido para altas empresas, se complacia en lanzarse á aquellas que los genios comunes reputan por impracticables.

Conociendo que aquel desórden procedia del mal espíritu de algunos de los juramentados en Salta, que todavía habian quedado incorporados á sus filas, se desembarazó de ellos con plausibles pretextos, i empezó á renacer la confianza. A pesar de la impavidez de espíritu de dicho general no dejaba de sufrir las mas terribles angustias cuando se paraba á reflexionar sobre la suerte de aquellas provincias i de todo el Perú, si la esquivia fortuna le negaba la participacion de sus dones. Solo en el cálculo del hombre mas osado cabia la esperanza de la victoria. Los enemigos se disponian á celebrar el aniversario de la batalla del Tucumán, cayendo sobre el ejército realista en el mismo dia 24 de setiembre; pero las acertadas maniobras del nuevo general, i la derrota del cuerpo de Cárdenas frustraron aquel primitivo proyecto.

A pesar de este contraste habia entrado Belgrano el 27 en Vilcapugio con la mayor confianza i altanería; se componia entonces su ejército de unos 6.000 hombres de tropa reglada i de una inmensa porcion de indios sublevados. Ya se ha dicho que el ejército del Rei constaba apenas de 3200 hombres: sin embargo de esta desproporcion de fuerzas determinó Pezuela anticiparse al ataque cogiendo por sorpresa al enemigo, único medio de fijar á su favor la victoria.

Poseido su ánimo de aquella elevacion de espíritu que solo cabe en pechos esforzados, procuró inflamar el ánimo del soldado con su espresiva elocuencia militar, i comunicar á los gefes la misma grandeza de sus sen-

timientos. Ocultando á aquellos lo apurado de su situacion, i manifestando á estos la necesidad de hacer los últimos esfuerzos en obsequio de la justa causa que defendian, porque sin estraordinarios sacrificios no era posible contener el torrente impetuoso que inundaba aquellas provincias, i que amenazaba envolverlas en una inevitable ruina, dió con la mayor serenidad i firmeza las órdenes mas oportunas para acometer aquella empresa, de la que dependia la salvacion ó la pérdida total del Alto Perú, i como consecuencia inmediata la de todo el vireinato de Lima.

Por mui esforzado que fuera su ánimo no dejó de conmoverse al considerar el abismo de males en que iban á quedar sumidos aquellos paises si todos los recursos de su ingenio i los mas furiosos trasportes de valor i celo no eran coronados por los honores del triunfo. No era menos crítica la posicion de los negocios en este momento, que lo habia sido cuando el general Goyeneche se atrevió á dar la batalla de Huaqui. Lleno Pezuela de un verdadero fondo de piedad i religion, dirigió sus mas fervientes votos al Dios de los ejércitos por la prosperidad de sus armas; i en seguida se ocupó en desplegar toda su energía i vigor para entrar en accion. Hizo marchar el dia 30 sus tropas ácia Vilcapugio con el fin de llegar al campo enemigo antes del amanecer del dia siguiente, tomando un camino sumamente fragoso, frio é intransitable, por donde no podian esperar los insurgentes que saliese un genio privilegiado rivalizando el paso de los Alpes; pero los mismos tropiezos, que eran consiguientes á una marcha tan penosa, fueron causa de que se retardase la artillería, i de que se malograra la premeditada sorpresa.

Eran ya las siete de la mañana cuando se presentaron al frente ambos ejércitos. El coronel don Francisco Picoaga, con el regimiento número 1º con cuatro piezas de artillería i con el cuerpo de cazadores, mandado por el entonces teniente coronel don Pedro Antonio Olañeta, ocupaba la derecha de la línea; el coronel Lombero con su regimiento número 2, con otros cuatro cañones i con el cuerpo de partidarios i escuadron ligero, á las órdenes el primero de don Felipe de la Hera, i el segundo á las del teniente coronel don Saturnino Castro defendia la izquierda; i en el centro se hallaban un batallon mandado por el teniente coronel don José Antonio Estevez, un escuadron de caballería, el batallon de Asángaro, i otros dos escuadrones del regimiento caballería de línea, dos piquetes del Cuzco i La Paz con otras cuatro piezas de artillería. El brigadier don Juan Ramirez, segundo en el mando, fue encargado del ala derecha, el mayor general coronel don Miguel Tacon lo fue de la izquierda, i el general en jefe se situó en el centro.

Caminando en este órden admirable, que parecia mas bien el despliegue de una parada que el de una sangrienta batalla que iba á fijar la suerte de la América meridional, rompió Olañeta el fuego contra las fuertes partidas que los insurgentes habian avanzado por la derecha. Estas fue-

ron arrolladas, así como las que se habian adelantado al mismo tiempo por la izquierda. Hácese general el fuego, los realistas lo desprecian, i sin interrumpir su marcha se aproximan hasta dos tercios de fusil; empieza á aflojar el ala izquierda del enemigo i á retirarse ácia la montaña que tenía á su espalda, aunque sin perder el órden de formacion, lo que indicaba su buen estado de arreglo i disciplina. Siguió el combate con la mayor tenacidad por ambas partes hasta las once i media de la mañana, en que muerto el coronel de partidarios la Hera, con varios de sus oficiales i muchos soldados, mal herido el coronel del 2º regimiento Lombero, quien continuaba sin embargo esforzando su tropa, i haciendo prodigios de valor, prisionero i herido el teniente coronel Zabala, gefe del 2º escuadron, i desordenados dichos cuerpos de sus mismos quebrantos, empezaron á dispersarse, dando por perdida la batalla.

Solo el escuadron de Castro con un cañon de á cuatro sostenia la izquierda de la línea contra el fuego del enemigo, el que engreido con sus primeras ventajas se habia arrojado con el mayor ímpetu sobre los dispersos, i apoderado de tres cañones. Era mui diferente el estado del ala derecha de los realistas; Ramirez se cubria de gloria haciendo un fuego horroroso con los mismos cañones que habian tomado á los rebeldes, pues que los suyos habian quedado inutilizados. Habiendo sabido el general Pezuela inflamar á los tímidos i dispersos con el ejemplo de aquella bizarra columna, pudo volverlos á la accion, i aun picar su amor propio para que con nuevos sacrificios borrasen aquella falta, i se hiciesen dignos de ser contados en el número de los valientes.

Fueron tan favorables los resultados de la fina política, del celo, decision é impavidez del general en gefe, que tomando todas sus tropas á competencia el empeño mas resuelto por morir en el campo ó salir triunfantes de aquella lucha, estrecharon con tanta viveza al enemigo, que á la una del mismo dia se habia recuperado ya la artillería perdida, i tomado á los insurgentes la suya con toda clase de municiones, de las que empezaban á escasear los realistas.

Eran ya las dos de la tarde, cuando los enemigos reunidos confusamente al pie de la montaña empezaron á subir por ella apoyados en un vivo fuego de fusilería; pero á pesar del aliento que les infundia su caudillo Belgrano recorriendo las filas con el mas desesperado valor, se decidió completamente la victoria por las armas del Rei, huyendo los enemigos en el mayor desorden.

Fueron los principales trofeos de esta brillante batalla la pérdida de 84 oficiales rebeldes, 1415 soldados, 300 tiendas, 14 piezas de diferentes calibres, todo el parque i 1000 fusiles; i aunque la alegría de aquella ilustre jornada se amargó en parte por haber quedado puestos fuera de combate 24 oficiales i 450 soldados del Rei, contándose entre los muertos el bizarro coronel la Hera, víctima de su honor i fidelidad, fue la noticia de tan

insigne victoria el arco iris que serenó la gran borrasca que el espíritu de la seducción iba levantando contra la autoridad real.

Las públicas i generales aclamaciones, i las grandes demostraciones de júbilo que hicieron todos los pueblos, i señaladamente la capital del virreinato, el repique general de campanas, las iluminaciones, los solemnes cánticos entonados en los templos, los convites i toda clase de regocijo a que se entregó el partido realista con tan funesto acontecimiento, i la sucesiva dispensacion de gracias, i creacion de escudos i medallas para los vencedores de Vilcapugio hicieron ver la importancia de aquella batalla, que indudablemente salvó el Perú del impetuoso torrente de la insurreccion.

El infatigable Pezuela no se dejó deslumbrar por estos primeros triunfos; i llevado de la máxima de uno de los guerreros mas famosos, "de que no se habia hecho nada cuando quedaba algo que hacer," se preparó para dar otra batalla á los insurgentes, que replegados en los campos de Macha, i poniendo en actividad todos los recursos de su ingenio i los últimos esfuerzos de su desesperada situacion, amenazaban volver por el honor de sus armas, no pudiéndose resolver á abandonar aquellas provincias sin tentar los últimos trances de la guerra.

Apoyados todavia en la opinion de los pueblos de retaguardia, que se hallaba bien pronunciada á su favor, reunieron con la mayor presteza sus dispersos, levantaron nuevas tropas; i desplegando una energía tan vigorosa, que los habria immortalizado si su causa no llevara el sello de la injusticia i de la reprobacion, llegaron á ponerse mui pronto en estado de disputar el terreno á los victoriosos realistas. Ocupados estos en la seguridad de los prisioneros, en la conduccion de los heridos i enfermos á la villa de Oruro, i en establecer espedita la comunicacion entre todos los pueblos del territorio hasta el Desaguadero, perdieron un tiempo sumamente precioso que pudo arrebatarse de las manos las ventajas conseguidas en Vilcapugio.

Su ardor era asimismo contenido por los recelos que se habian concebido justamente de algunas conspiraciones, fraguadas en el Cuzco i Arequipa, una de las cuales habia estallado en Tacna, partido de esta última provincia á impulso de las proclamas i emisarios de Belgrano, dirigida á levantar en masa todos los esclavos de las haciendas de aquella costa, que fue sofocada prontamente, con la derrota de los sublevados por los mismos arequipaños i moqueguanos, cuyo espíritu se habia fortalecido con la citada victoria.

Otro de los tropiezos que halló el ejército realista para acelerar su marcha, fue la falta casi absoluta de bagages, i la necesidad en que se vió de recurrir al arbitrio de hacer conducir su artillería á brazos de indios, i de subdividir las cargas de parque i equipajes para que pudieran ser conducidas en asnos i llamas. Estas razones i las varias partidas de cochabambinos i de los caudillos Cárdenas i Lanza, entretuvieron al ejér-

cito en Condo lo restante del mes de octubre, en cuyo tiempo pudo rehacerse Belgrano en Macha, incorporando á sus filas 1500 caballos de Cochabamba, mandados por el caudillo Zelaya, i reforzando su artillería con 4 piezas mas, entanto que Diaz Velez desde Potosí, i los comandantes de Chuquisaca, Cochabamba, i Santa Cruz, aprontaban con la mas fina voluntad cuantos ausilios podia necesitar el general insurgente. Se hallaba éste sumamente comprometido en mantener con una victoria verdadera la ilusion que habia sabido crear en las provincias de retaguardia, i hasta en la misma capital de Buenos-Aires, á las que habia comunicado con tal impudencia i descaro el resultado de la batalla de Vilcapugio, que teniéndola por mui honrosa á las armas rebeldes, se habian hecho por todas partes fiestas públicas i demostraciones del mas puro regocijo.

Uno de los méritos mas grandes contraidos por el general Pezuela en esta segunda campaña, fue el haberla emprendido sin mas elementos que su decision i arrojo. Escaso de víveres, con pocas tiendas de campaña, sin acémilas, con un ejército mui inferior al contrario, i finalmente careciendo de todo, menos de valor i confianza, levantó el campo el 30 de octubre. A fin de conducir á lo menos los cañones i efectos de parque mas preciosos, recurrió al doctor Poveda, cura de Coroma, para que con el influjo que le daba entre los indios la santidad de su ministerio i su esclarecida virtud reuniese los mas vigorosos, i los emplease en aquel objeto. Destacó al mismo tiempo algunas partidas en requisicion de asnos i llamas, únicas bestias de carga que podian hallarse por los campos aunque con bastante dificultad.

Con esta pobre caravana al frente, i caminando á pie los soldados de caballería i la mayor parte de la oficialidad, emprendieron su movimiento las sufridas tropas del general Pezuela. Era ya entrada la estacion de las aguas, cuya rigidez se hacia mas sensible á causa de la falta de abrigo para los soldados: estos iban en su mayor parte descalzos, con una sola manta para recibir toda la crudeza de las nieves, ventiscas, hielos, aguas i demas intemperies. Como todos los pueblos del tránsito habian sido abandonados por los seducidos indios, quienes habian retirado asimismo todo el ganado de sus campos, tenia que salir la tropa realista á buscar su subsistencia á largas distancias; i siendo no pocas las veces que se volvian sin ninguna clase de auxilio, se veian precisadas á matar las mismas llamas destinadas á la carga para remediar la urgente necesidad del momento.

Venciendo pues el ejército realista con la mayor constancia i sufrimiento unos obstáculos tan terribles, que habrian amedrentado á cualquiera que no hubiera llevado á su frente un general tan esforzado que con su sola presencia i con su afable i cariñoso trato derramaba sobre todos un bálsamo reparador de sus trabajos, llegó el 11 de noviembre á la elevada montaña de Taquiri, distante tres leguas del enemigo. Desde esta posicion se observó la que ocupaban los rebeldes al fin de una llanura llamada

Ayohuma, que tenia un rio de frente, una áspera montaña á su derecha, i otra mas suave á su espalda. Con el ausilio de un buen antejo i con los exactos informes que recibió de un indio habitante de aquellos parajes, pudo formar su plan, que comunicó el dia 13 á los respectivos gefes con una instruccion de lo que cada uno debia practicar para asegurar el éxito de la batalla, que habia de darse al dia siguiente.

Para poder obrar con mayor desembarazo i dirigir libremente sus fuerzas á donde lo exigiese la necesidad, dispuso que todas las cargas sobrantes del parque, hospital, ramo de hacienda, equipages i demas enseres, enfermos, mugeres i otros individuos inhábiles para llevar las armas se colocasen en el punto mas elevado de aquella montaña, formando un cuadro con la poca fuerza que mandaba, el teniente coronel don José Antonio Estevez, i con los asistentes, empleados del ejército, vivanderos, i con cuantos hombres útiles quedasen en el campo, á los que fueron repartidas las armas necesarias.

El ejército del Rei se componia de 2850 infantes, 250 caballos i 18 piezas de artilleria; el de los insurgentes contaba 3400 de los primeros, 1200 de los segundos, 500 mas de lanza, una inmensa multitud de indios, i 10 cañones. Al romper el dia empezaron los realistas á bajar la cuesta, siendo su artillería tirada por los indios que con tanto celo dirigia el benemérito cura de Coroma. El enemigo estaba formado en batalla al frente del camino real, que habia procurado defender con zanjas i fosos, escepto el costado izquierdo, desde el cual trataba de lanzar su caballería para envolver por su espalda á los realistas.

Empero sufrieron estos planes una total alteracion cuando el general Pezuela dió una direccion encontrada á todos sus batallones i artillería, atravesando el rio la loma inmediata por la izquierda de dicho camino real, por el cual tan solo se adelantaron algunos cazadores para llamar la atencion por aquella parte. Ya se habia apoderado dicho general del costado derecho del enemigo i se hallaban ambos ejércitos á la distancia de tiro i medio de fusil, cuando mandó avanzar las 18 piezas de artillería al mismo tiempo que las tropas ligeras de la loma atacaban el flanco derecho de la línea de batalla. Se ejecutaron estos movimientos con tanta prontitud i felicidad, que fueron completamente derrotados dos escuadrones, que era la fuerza mas adelantada de dicha línea, i las tropas restantes empezaron á vacilar, si bien volvieron al instante á rehacerse á pesar del horroroso fuego de la artillería realista que vomitaba la muerte i espanto por todas partes.

Para decidir la suerte de esta jornada mandó Pezuela avanzar los batallones que se hallaban detrás de la artillería. Temiendo el enemigo ser envuelto por este movimiento, descendió desde una alturita que ocupaba, i se arrojó con el mas desesperado valor contra las tropas del Rei, tratando de arrebatables de las manos la victoria que iba á fijarse á su favor, o de buscar una pronta muerte que los librara de la indeleble mancha i oprobio

de que iban á quedar cubiertos. El ataque de su caballería fue tan impetuoso que parecia irresistible; pero el horroroso fuego de artillería fue dirigido con tanto acierto, i conservaron tanta serenidad é impavidez todas las tropas, que fue vigorosamente rechazada aquella furiosa carga, quedando en un momento desvanecidos sus temerarios proyectos, i huyendo precipitadamente los que no fueron víctimas de su ciego arrojo. Engreidas las tropas realistas con este golpe decisivo, se lanzaron con el mayor entusiasmo contra las últimas líneas, i aunque no fue menos empeñada la resistencia que el ataque, sucumbió al fin el enemigo á su fatal destino. Puesto ya en el mayor desorden, fue perseguido por el espacio de tres leguas por los victoriosos realistas, acabando de perder en este tránsito el poco aliento que les habia quedado.

Así quedó esterminado aquel orgulloso ejército sin que de él se hubieran salvado, guardando alguna formacion, mas que 500 hombres con sus caudillos Belgrano i Diaz Velez; los demas que no sucumbieron al invencible brazo de los realistas, se entregaron a las mas horrorosa dispersion. Setenta i cuatro oficiales, 600 muertos, un número considerable de heridos, 800 prisioneros, 1533 fusiles, 8 cañones, todo su parque i municiones, i hasta el mismo equipage de Belgrano i su correspondencia, fueron los trofeos con que adornó el escudo de sus armas el afortunado Pezuela. Todos los cuerpos desempeñaron con el mayor acierto sus respectivas obligaciones, i luchando á competencia por dar un dia de gloria á la monarquía española se hicieron acreedores á los mas encarecidos elogios, i á las sucesivas gracias i distinciones dispensadas en premio de su bizarria i decision.

Aunque esta segunda victoria rectificó en gran parte la pública opinion, no fue de un modo tan absoluto cual podia esperarse de su importancia. La seduccion de los contrarios habia arrojado raices profundas, i para arrancarlas completamente se necesitaban nuevos esfuerzos, repetidos desengaños, i un curso continuado de prósperos sucesos por parte de los realistas. Conociendo esto mismo el general Pezuela, determinó estender sus armas triunfantes por aquellas provincias sin dar el menor descanso á sus tropas.

Así fue que en el mismo dia 14, i apenas habia concluido la batalla, dió la orden al mariscal de campo don Juan Ramirez para que se dirijiese con 800 hombres en seguimiento de Belgrano i Diaz Velez, que habian tomado el camino de Potosí; i al mismo tiempo fue destacado el brigadier Lombera ácia Chuquisaca con 500 hombres para que ambos restableciesen el orden en sus puntos respectivos sin perder de vista la total destruccion de las reliquias del ejército insurgente. Fue al mismo tiempo enviado el mariscal de campo don Francisco de Picoaga á las provincias del Cuzco i Puno á recoger desertores i reunir con nuevos reclutas la fuerza de 2 á 3.000 hombres de que necesitaba el ejército para reemplazar sus bajas, produ-

cidas por las dos batallas referidas, i aun mas por la desercion que se habia presentado con mas fuerza desde la victoria de Ayohuma por una singular tendencia de los cholos i castas á las costumbres de sus ascendientes los indigenas, de volverse a sus casas apenas se habia concluido la guerra.

Este era un mal irremediable, que estaba arraigado en su misma sangre: era pues dificil i aun hubiera sido impolítico é inhumano corregir aquel defecto con las penas prevenidas por la ordenanza militar. Aquella clase de desercion podia mas bien considerarse bajo el aspecto de una tacita licencia para que dichos individuos fueran á ver sus mugeres é hijos, i de ningun modo como un abandono de las banderas. La mayor parte de dichos desertores volvian algun tiempo despues á incorporarse á sus filas con su armamento i con todas las prendas de su vestuario; i ninguno de ellos se negaba á continuar el servicio mientras que la guerra se mantuviese en pie, que era el único caso en que ellos se creian solemnemente obligados.

Se necesitaban asimismo nuevos refuerzos para guarnecer en estado de respeto las tres provincias recuperadas de Charcas, Cochabamba i Potosí, especialmente las dos primeras que habian dado pruebas mas positivas de su adhesion al sistema de la independendencia. Despues de haber tomado el general Pezuela las providencias mas oportunas para la seguridad interior i para la de los enfermos, heridos i prisioneros, salió en 30 de noviembre con su plana mayor, con el primer regimiento, un escuadron de caballería i un piquete de honor para la ciudad de la Plata que ya habia sido evacuada anteriormente por el intruso gobernador Ocampo. Su entrada en dicho pueblo verificada el dia 4 de diciembre, fue señalada por la sumision, sincera al parecer de las autoridades, mas no por las aclamaciones del pueblo, el que mui al contrario dió pruebas indudables de su mal espíritu.

El arreglo de esta provincia i de todas las del Alto Perú ofrecia cada dia mayores dificultades, asi por la estenuacion que habian sufrido con las tropas rebeldes como por las frecuentes variaciones de gobierno i de funcionarios públicos: para obrar con acierto en la eleccion de sugetos que inspirasen confianza á la causa del Rei, se procedió a establecer una junta de purificacion, mui parecida á las que se habian formado en la península despues de la guerra de la independendencia. Igual medida se tomo con respecto á la provincia de Potosí, en cuya capital hizo su solemne entrada el general Pezuela el 21 de diciembre, habiendo dado sus habitantes mayores pruebas de adhesion i regocijo que los de la Plata, especialmente las señoras principales. Belgrano, que habia evacuado aquella ciudad apenas supo la aproximacion del general Ramirez, se habia llevado cuantos caudales i efectos habia podido haber á las manos, dejando con estas tropelías sumida en el mayor dolor aquella poblacion, asi como por haber arrancado de sus casas familias enteras sospechadas por amantes de la causa del Rei.

Uno de los primeros cuidados del celoso Pezuela despues de haber restablecido el órden, á lo que ya habia contribuido poderosamente Ramirez,

que le habia precedido en su marcha, fue el restaurar el giro i movimiento de la casa de moneda, aboliendo la que circulaba, por llevar los signos de la revolucion i el emblema del sol, del que habian hecho uso los disidentes para escitar en los indios dulces recuerdos de su antiguo imperio. Para impedir que el enemigo se rehiciese en la provincia de Salta fue destacado á ella dicho Ramirez con la vanguardia del ejército, con la que le obligó á situarse al otro lado del rio Pasaje, en donde trató de esperar nuevos refuerzos de la capital de Buenos-Aires para abrir una nueva campaña en el año siguiente.